

Esto habla bastante alto en favor de las reformas que Hernan Cortés introdujo en los repartimientos.

La experiencia le habia hecho conocer los abusos cometidos por algunos encomenderos en las islas de Santo Domingo y de Cuba, y tomó las disposiciones que juzgó eficaces para que no se repitiesen en la Nueva-España.

Que los resultados debieron parecerle satisfactorios, se deduce, como veremos á su debido tiempo, de las ordenanzas que publicó con respecto á los repartimientos, pidiendo al emperador Cárlos V las aprobase.

á los cristianos á quienes están depositados, se les dice que si no lo hacen bien que les volverán á sus señores antiguos; y esto temen mas que otra amenaza ni castigo que se les puede hacer.»—Cuarta carta de Cortés á Cárlos V.

CAPÍTULO IV

Continúa la reedificación de la ciudad de Méjico.—Plano de ella.—Razones que hubo para edificar la ciudad nueva en el sitio de la antigua.—Cuál fué el primer edificio que se construyó.—Sitio en que edificó Cortés sus casas.—Primera iglesia que se levantó y quién fué el primer cura de Méjico.—Lo que era la ciudad antigua.—Algo sobre la nueva.—Número de indios y de españoles de que se vió poblada á poco.—Llega una expedición de Pedro Garay á Pánuco.—Resultado de ella.—Llama Cortés á Pánfilo Narvaez á Méjico.—Consecuencias de la expedición de Garay.—Los indios de Pánuco matan y sacrifican á quinientos españoles que estaban en diversos pueblos.—Marcha Sandoval contra los indios de Pánuco.—Pacifica á los habitantes y perdona á todos, excepto á los jefes principales.—Reflexiones sobre este hecho.—Muere Garay en Méjico.—Marcha Alvarado á Guatemala.

1523

La reedificación de la ciudad de Méjico marchaba con una rapidez asombrosa. Magníficos edificios de bello orden arquitectónico, dejaban admirar la elegancia de sus fachadas y la solidez de la construcción: sus calles rectas y

espaciosas se extendían á largas distancias; y las amplias azoteas de las cómodas casas que remedaban suntuosos palacios, se veían cubiertas de exquisitas y variadas flores colocadas en grandes macetas hechas por los indios.

Para la regularidad de la forma de la nueva capital, se seguía exactamente el plano que se había adoptado al dar principio á su reedificación. Era un cuadro que comprendía el espacio que limitan, al Norte, la espalda de Santo Domingo; al Sur, la de San Miguel; al Oriente, la calle de la Santísima con las que siguen en su misma dirección, y al Poniente, la de Santa Isabel. En varias de las calles que marcaban el término del plano, se formaron acequias, cuya memoria se conserva por los nombres de los puentes que se habían construido para pasar por ellos. En cambio quedaron cegadas con los escombros de los edificios arruinados durante el sitio, muchas que en la ciudad antigua pasaban por los puntos principales, pues únicamente se conservaron las que se juzgaron convenientes para facilitar el tráfico por medio de las canoas. El vasto terreno que se extendía desde los límites señalados, se destinó para barrios de la población india, cuyas habitaciones presentaban un aspecto agradable. Llegando las lagunas, en varias partes, casi hasta tocar con los lindes del plano, los barrios de los indios tuvieron mayor amplitud por la parte del Norte, hácia el antiguo Tlatelolco, llamado actualmente Santiago Tlatelolco, y por el Poniente, en que está la iglesia de San José, que era la parroquia y cabecera de todos. La ciudad fué extendiendo sus límites á medida que fué aumentando su población, muy especialmente por el lado de San José, que hoy lleva el nombre de Nuevo-

Méjico. Como la distribución regular de manzanas no se hizo en el plano extensiva á los barrios, al salir la población de sus primeros lindes, no se observó en la fabricación de los edificios el orden debido. De aquí el que, como dice muy bien en sus apreciables disertaciones el ilustrado escritor mejicano D. Lucas Alaman, «todo lo antiguo está construido con regularidad, y todo lo nuevo sin ella, al contrario de lo que sucede en las ciudades de Europa.» El instruido virey conde de Revillagigedo, que embelleció la capital con mejoras de la mas alta importancia, llegando á prever que la población iría creciendo notablemente, hizo que se delineasen las calles que debían formarse, para que siguiesen el orden conveniente; pero la planta señalada por él, no ha sido seguida, desgraciadamente.

Ya se ha dicho en otro capítulo, al hablar de la formación de la ciudad, que se concedió un solar á todo individuo que anhelase vecindarse en la ciudad, y dos á los que hicieron la conquista. Las condiciones puestas á estas concesiones fueron que, en un tiempo determinado, se había de edificar casa en el terreno concedido, perdiendo el derecho al solar, si al espirar el plazo no se había cumplido con la condición expresada. Las concesiones de terreno para fabricar, se empezaron á hacer desde que el ayuntamiento residía en Coyohuacan, que fué donde se estableció.

La separación de la población india y española, al formarse la nueva ciudad, tuvo por objeto dejar á los naturales en amplia libertad, gobernados por los mismos personajes á quienes estaban acostumbrados á obedecer desde

antes de la caída del imperio azteca. Hernan Cortés les habia dado, como tengo dicho en otro capítulo, notables privilegios y exenciones que les favorecian; y contentos con las consideraciones que se guardaban á sus autoridades se dedicaban tranquilos á las ocupaciones que les proporcionaba un modesto modo de vivir. Los carpinteros, los albañiles, los hortelanos, los plateros, los pescadores, todos los indios, en fin, que tenían algun oficio, industria ó arte, sacaban un jornal decente de la poblacion española, que indispensablemente necesitaba de ellos, y con la cual tenían un comercio activo.

Las casas construidas por los españoles, eran de piedra, amplias, de bella arquitectura y de notable solidez. Las de los indios eran generalmente de menos belleza y solidez, excepto las construidas para los nobles y los gobernantes, que reunian la belleza á la amplitud.

Entre las razones que se tuvieron presentes para edificar la nueva ciudad en el mismo sitio que ocupó la antigua, hubo una que se juzgó de importancia; la facilidad que por estar en medio del agua presentaba para defenderse en caso de una sublevacion de parte de los pueblos indígenas. Por medio de los bergantines se habia dominado la laguna y contribuido eficazmente á la toma de la plaza; sin ellos, el sitio se hubiera prolongado indefinidamente, ó acaso hubiera sido preciso levantarlo. Hernan Cortés quiso conservar esta ventaja en la situacion poco sólida en que se conservaba todavía la autoridad de España en el país, por la poca gente con que contaba; y para asegurar el dominio, quiso, dice á Carlos V, hacer una fortaleza en el agua; en una parte de la ciudad, en que

pudiese tener los bergantines seguros, y atender desde ella á toda la ciudad si en algo se opusiese, para tener en su mano la salida y la entrada, segun dispusiese.

Firme en este pensamiento, el primer edificio que se construyó, fué el de atarazanas, casa fortaleza, de notable solidez. «Está hecha tal,» dice el conquistador al monarca, «que aunque yo he visto algunas casas atarazanas y fuerzas, no la he visto que la iguale, y muchos que han visto mas, afirman lo que yo: y la manera que tiene esta casa es, que á la parte de la laguna tiene dos torres muy fuertes con sus troneras en las partes necesarias; y la una de esas torres sale fuera del lienzo, hácia la una parte con troneras que barre todo un lienzo, y la otra á la otra parte de la misma manera; y desde estas dos torres va un cuerpo de casa de tres naves, donde están los bergantines y tienen la puerta para salir y entrar entre estas dos torres hácia el agua, y todo este cuerpo tiene asimismo sus troneras, y al cabo de este dicho cuerpo, hácia la ciudad, está otra muy gran torre y de muchos aposentos bajos y altos, con sus defensas y ofensas para la ciudad, y porque la enviaré figurada á V. S. M. como mejor se entienda, no diré mas particularidades della, sino que es tal, que con tenerla, es en nuestra mano la paz y la guerra cuando la quisiéramos, teniendo en ella los navios y artillería que ahora hay. Hecha esta casa, porque me pareció que ya tenia seguridad para cumplir lo que deseaba, que era poblar dentro de esta ciudad, me pasé á ella con toda la gente de mi compañía y se repartieron los solares para los vecinos.»

Este, que fué, como se ve por las palabras de Cortés, el

primer edificio que se construyó en la nueva ciudad de Méjico, y del cual no queda vestigio ninguno, debió hallarse hácia San Lázaro mas bien que en la plazuela de San Lúcas, como algunos han creído. Hay un dato para inclinarnos á creer que estuvo en el rumbo de San Lázaro, y es el de llamarse «calle de las atarazanas ó de los bergantines,» las que actualmente se denominan de «Santa Teresa, del Hospicio, de San Nicolás y las siguientes,» las cuales están en direccion al expresado San Lázaro. Lo que sin duda dió lugar á que se creyese que las atarazanas ocuparon el sitio de la plazuela de San Lúcas donde se construyó el matadero, es el haber estado allí dos fortines, de que hace mencion Sigüenza, al hablar de los edificios que habia en la calle de Iztapalapan, pero de las palabras mismas del expresado Sigüenza se desprende que, la casa del rastro ó matadero no fué la de atarazanas.

Por mucho tiempo se conservaron en la casa-fortaleza, sirviendo de defensa á la ciudad, los bergantines contruidos en Tlaxcala, echados al agua en Texcoco y que fueron el poderoso elemento para la toma de la capital. La conservacion de alguno de ellos, hubiera sido altamente curiosa para el hombre observador.

Hernan Cortés mandó construir poco despues, en el sitio en que se levantó el convento de la Merced, unas espaciosas galerías donde se guardaban las canoas que estaban destinadas al servicio del gobierno.

Terminado el edificio de atarazanas, se dió principio á la fabricacion de las casas particulares. Hernan Cortés edificó un espacioso palacio en el mismo sitio en que se

hallaba el de Moctezuma, y en que hoy se encuentra el palacio de los presidentes de la república mejicana. Otra casa no menos notable por su belleza y capacidad, mandó levantar en el lugar en que el emperador azteca tenia el suntuoso alcázar de recreo, destinado á la diversidad de aves de las especies varias que existian en las provincias de su vasto imperio, en el sitio que actualmente ocupa el Montepío, en la calle del Empedradillo (1).

Una iglesia católica se levantó dentro del recinto que habia ocupado en la plaza á poca distancia del palacio de Moctezuma, el grandioso *teocalli*, rival del de Tlatelolco, consagrado al sangriento Huitzilopochtli. Esa iglesia, la primera que se construyó en la capital para el culto cristiano, y que despues fué reemplazada por la suntuosa catedral que hoy se eleva majestuosa en el mismo terreno, tuvo por primer cura párroco al padre Pedro de Villagran, como consta por el libro de cabildos del Ayuntamiento de Méjico.

Sólido y espacioso se alzaba con no menos belleza, el benéfico hospital de Jesús con su elegante iglesia, edificado á expensas del conquistador Hernan Cortés, y aten-

(1) Los palacios de Moctezuma, ocupaban, sin embargo, mayor terreno que las casas que mandó levantar Cortés. El palacio en que el emperador azteca habitaba cuando llegaron los españoles, ocupaba, como he dicho en otro tomo, todo lo que actualmente es palacio nacional, con todas sus anexidades, como son casas de correos, de moneda, museo y cuarteles, extendiéndose á toda la plaza del Volador, Universidad, hoy Conservatorio de Música, y casas construidas á los costados y espaldas de ésta, esto es, Rejas de Balvanera y calle del Correo Mayor. El palacio de aves de Moctezuma, ocupaba el cuadro que forma la calle del Empedradillo, la de Tacuba, Plateros y Profesa, conocida tambien esta última con el nombre de calle de San José el Real.

dido cuidadosamente por personas recomendables (1).

Por todas partes se veían en construcción soberbios edificios y solares cercados, en señal de que se iba á fabricar en ellos. Al regidor Bernardino Vazquez de Tapia se le dió, en Abril de 1524, un solar en la «calle del Agua,» que era la que hoy lleva el nombre de calle de Santa Isabel, en el sitio mismo en que está el vasto edificio que ocupa la esquina de la expresada calle y la del callejón de la Condesa; Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, Rodrigo de Paz y otros individuos que se habían hecho notables en la conquista, hicieron sus casas en la calle de Iztapalapan, que se extendía desde Flamencos hasta San Antonio Abad, aunque los edificios de los españoles sólo debían llegar, por ese rumbo, hasta la actual calle de San Miguel.

La nueva ciudad presentaba un aspecto majestuoso, que

(1) El padre Torquemada dice que no hubo ninguna iglesia fundada en la Nueva-España á la llegada de los religiosos franciscanos en Junio de 1524, y que la que éstos edificaron en la capital de Méjico en 1525, fué la primera en que hubo depósito. En esto, el estudioso padre Torquemada, á quien se deben muchas y muy notables cosas curiosas sobre esta materia, sufrió una equivocación. Por el libro de cabildo del ayuntamiento consta, que cuando los franciscanos fueron á Méjico, había en la capital una parroquia de que era cura el padre Pedro de Villagran, pues se ve que en 30 de Mayo de 1525 se le dió terreno para una huerta, se le da en el acta el nombre de «cura de la iglesia de esta ciudad.» Por el mismo libro consta que en Agosto de 1524, estaba fundado ya el hospital de Jesús, con su correspondiente iglesia, quedando probado así que ambos templos son anteriores al de San Francisco. Igualmente consta por la carta cuarta de Hernan Cortés á Carlos V, fechada en Méjico el 15 de Octubre de 1524, que en Veracruz y en Medellín había parroquias, con sus correspondientes curas, sacristanes y ornamentos, lo que hace ver que también ha sufrido Torquemada otra equivocación al asegurar que la iglesia de San Francisco de Texcoco fué la segunda que se fundó en la Nueva-España.

revelaba por todas partes grandeza y buen gusto. Los naturales se dedicaban á sus oficios y negocios, sacando de ellos una ganancia que les proporcionaba una vida tranquila y descansada; dos grandes plazas de mercado, perfectamente abastecidas, situada una en Tlatelolco para los nativos, y la otra en la del Volador para los españoles, surtian á los habitantes de todo lo necesario á la vida, y la ciudad entera se veía animada de un número crecido de millares de personas industriosas y ocupadas, mezclándose fraternalmente y en grata confusión, indios y españoles, comerciantes y soldados, nobles y plebeyos.

Que la antigua capital azteca fué grandiosa y pintoresca, está acreditado por los escritos de Hernan Cortés, de Bernal Diaz y de todos los conquistadores que la visitaron durante el imperio de Moctezuma. Sin embargo, por espaciosos que fuesen sus edificios y por hermosa que realmente fuera la ciudad, como no hay duda que fué, las casas, analizadas aisladamente, debían aparecer tristes y sin gusto. Todas eran bajas y sin balcones; carecían de puertas, y desde la choza del humilde plebeyo hasta el palacio del noble, tenían un petate colgado y arrollado á la entrada, con pedazos de loza ordinaria, á fin de que, cuando estaba tendido para evitar las miradas de los curiosos transeuntes, el ruido de los tiestos avisase que alguien entraba ó llamaba. La poca altura de los edificios, aun de los mas notables hechos para los reyes, se deduce fácilmente, al ver que desde la azotea del palacio de Axayacatl, en que estaban alojados los españoles, habló Moctezuma al pueblo, llegando las piedras con terrible fuerza hasta donde él estaba. La misma consecuencia de lo bajo

de los edificios, se saca de las máquinas de madera, llamadas *mantas*, que mandó construir Hernan Cortés para explorar algunas calles de la ciudad, antes de la Noche Triste. Las máquinas, como vimos en su lugar al hablar de ellas, eran unas torres con ruedas, tiradas por los tlaxcaltecas; con esas torres portátiles se dominaban las casas de la calle de Tacuba, que era una de las principales de la ciudad, lo cual prueba la escasa elevacion de los edificios. Que éstos, á excepcion de los palacios de los emperadores y de la grandeza, que eran de piedra, presentaban poca solidez, se desprende de la destruccion completa de ellos durante el sitio. No hubiera sido posible, de otra manera, arrasar, en absoluto, veinte mil casas que contenia la ciudad, desde la mitad del sitio en que se adoptó el plan de no avanzar sin derribar los edificios y cegar las zanjas con sus escombros, con artillería del calibre de dos libras y media, con balas de piedra, y sin mas instrumentos de zapa, que las *coas* ó azadones de los indios aliados, por grande que fuese el número de éstos dedicados á la destruccion.

Despues de hechas estas observaciones, que juzgo de alguna fuerza, creo que se debe convenir en que la antigua capital azteca, la Venecia del Anáhuac, aunque magnífica y grandiosa, como consta de los escritos de los veraces hombres que la conocieron, era mas pintoresca en su bellissimo conjunto, que fuerte y elegante en su caserío en general.

La moderna Méjico, hecha segun las exigencias y el gusto europeo, ostentaba en sus vastos y sólidos edificios, vistosas fachadas con elegantes balcones, y altas y airosas

puertas que daban entrada á espaciosos patios que conducian por amplias escaleras de piedra, á las habitaciones altas, provistas todas de amplios corredores.

La nueva ciudad fué creciendo en belleza rápidamente. Suntuosos colegios, magníficos templos, soberbios acueductos, benéficas y bien dotadas casas de beneficencia, limpios y ventilados hospitales, todo de piedra sillar, se veian pocos años despues de la conquista, destacándose entre los demás edificios por su solidez, su belleza arquitectónica y su capacidad. Balbuena, en su obra «Grandeza Mejicana,» publicada en los primeros años del siguiente siglo, describe con brillante colorido la magnificencia de la nueva capital, admirando justamente sus notables monumentos (1). No fué, como hemos visto en otro capítulo, menos favorable la opinion del baron de Humboldt, al asegurar, en época posterior, que Méjico ostentaba edi-

(1) Hé aquí como describe sumariamente Balbuena lo que era Méjico

Cuarenta y dos conventos levantados
Y ochocientas y mas monjas de velo.

Una Universidad, tres señalados
Colegios, y en diversas facultades
Mas de ochenta doctores graduados.

Y para reparar calamidades,
Diez ricos hospitales ordinarios
A todo menester y enfermedades.

.....
Está al fin esta ilustre ciudad llena
De todas las grandezas y primores
Que el mundo sabe y el deleite ordena,
Amparada del cielo y sus favores,
A solo Marte y alboroto extraña,
En paz, si no son guerra los amores.